

IRIARTE, TOMÁS DE (1750- 1791)

FÁBULAS ESCOGIDAS

I

El elefante y otros animales

IV

Los dos loros y la cotorra

V

El gusano de seda y la araña

VI

El mono y el titiritero

VIII

El burro flautista

IX

La hormiga y la pulga

XIII

El pato y la serpiente

XVI

El jilguero y el cisne

XVII

El caminante y la mula de alquiler

XVIII

La cabra y el caballo

XX

El ratón y el gato

XXIV

El lobo y el pastor

XXV

El águila y el león

XXVII
El asno y su amo

XXXII
El galán y la dama

XXXIV
El cuervo y el pavo

XXXVI
La compra del asno

XXXIX
Los dos huéspedes

XL
El té y la salvia

XLIII
La espada y el asador

XLIV
Los cuatro lisiados

XLVII
El pollo y los dos gallos

XLIX
El ruiseñor y el gorrión

L
El jardinero y su amo

LII
El cazador y el hurón

LIII
El pedernal y el eslabón

LIV
El gallo, el cerdo y el cordero

LV
El juez y el bandolero

LVI

La criada y la escoba

LXIII

El burro del aceitero

LXV

El escarabajo

LXVII

El médico, el enfermo y la enfermedad

I

El elefante y otros animales

Allá en tiempo de entonces,
y en tierras muy remotas,
cuando hablaban los brutos
su cierta jerigonza,
notó el sabio elefante
que entre ellos era moda
incurrir en abusos
dignos de gran reforma.
Afeárselos quiere,
y a este fin los convoca.
Hace una reverencia
a todos con la trompa,
y empieza a persuadirlos
en una arenga docta
que para aquel intento
estudió de memoria.
Abominando estuvo
por más de un cuarto de hora
mil ridículas faltas,
mil costumbres viciosas:
la nociva pereza,
la afectada bambolla,
la arrogante ignorancia,
la envidia maliciosa.

Gustosos en extremo,
y abriendo tanta boca,

sus consejos oían
muchos de aquella tropa,
el cordero inocente,
la siempre fiel paloma
el leal perdiguero,
la abeja artificiosa,
el caballo obediente,
la hormiga afanadora,
el hábil jilguerillo,
la simple mariposa.

Pero del auditorio
otra porción no corta,
ofendida, no pudo
sufrir tanta parola.
El tigre, el rapaz lobo,
contra el censor se enojan.
¡Qué de injurias vomita
la sierpe venenosa!
Murmuran por lo bajo,
zumbando en voces roncadas,
el zángano, la avispa,
el tábano y la mosca.
Sálense del concurso
por no escuchar sus glorias,
el cigarrón dañino
la oruga y la langosta.
La garduña se encoge,
disimula la zorra,
y el insolente mono
hace de todos mofa.

Estaba el elefante
viéndolo con pachorra,
y su razonamiento
concluyó en esta forma:
«A todos y a ninguno
mis advertencias tocan:
quien las siente, se culpa:
el que no, que las oiga.»

Quien mis FÁBULAS lea,
sepa también que todas
hablan a mil naciones,
no sólo a la española.
Ni de estos tiempos hablan,

porque defectos notan
que hubo en el mundo siempre,
como los hay ahora.
Y pues no vituperan
señaladas personas,
quien haga aplicaciones,
con su pan se lo coma.

Ningún particular debe ofenderse de lo que se dice en común.

IV

Los dos loros y la cotorra

De Santo Domingo trajo
dos loros una señora:
la isla es mitad francesa,
y otra mitad española.
Así cada animalito
hablaba distinto idioma.
Pusiéronlos al balcón,
y aquello era Babilonia;
de francés y castellano
hicieron tal pepitoria,
que al cabo ya no sabían
hablar ni una lengua ni otra.
El francés del español
tomó voces, aunque pocas,
el español al francés
casi se las tomó todas.

Manda el ama separarlos,
y el francés luego reforma
las palabras que aprendió
de lengua que no es de moda
el español, al contrario,
no olvida la jerigonza,
y aun discurre que con ella
ilustra su lengua propia.
Llegó a pedir en francés
los garbanzos de la olla,
y desde el balcón de enfrente
una erudita cotorra
la carcajada soltó,

haciendo del loro mofa.
Él respondió solamente,
como por tacha afrentosa:
Vos no sois una PURISTAQ;
y ella dijo: A mucha honra.
¡Vaya, que los loros son
lo mismo que las personas!

Los que corrompen su idioma no tienen otro desquite que llamar puristas a los que le hablan con propiedad, como si el serlo fuera tacha.

V

El gusano de seda y la araña

Trabajando un gusano su capullo,
la araña, que tejía a toda prisa,
de esta suerte le habló con falsa risa,
muy propia de su orgullo:
«¿Qué dice de mi tela el seor gusano?
Esta mañana la empecé temprano,
y ya estará acabada al mediodía.
¡Mire qué sutil es, mire qué bella!...»
El gusano con sorna respondía:
«Usted tiene razón; así sale ella.»

Se ha de considerar la calidad de la obra y no el tiempo que se ha tardado en hacerla.

VI

El mono y el titiritero

El fidedigno padre Valdecebro,
que en discurrir historias de animales
se calentó el cerebro,
pintándolos con pelos y señales;
que en estilo encumbrado y elocuente
del unicornio cuenta maravillas,
y el ave fénix cree a pie juntillas
(no tengo bien presente
si es en el libro octavo o en el nono),
refiere el caso de un famoso mono.

Éste, pues, que era diestro
en mil habilidades, y servía
a un gran titiritero, quiso un día,
mientras estaba ausente su maestro,
convidar diferentes animales
de aquellos más amigos,
a que fuesen testigos
de todas sus monadas principales.
Empezó por hacer la mortecina;
después bailó en la cuerda a la arlequina,
con el salto mortal y la campana:
luego el despeñadero,
la espatarrada, vueltas de carnero,
y al fin, el ejercicio a la prusiana.
De estas y de otras gracias hizo alarde,
mas lo mejor faltaba todavía,
pues imitando lo que su amo hacía,
ofrecerles pensó, porque la tarde
completa fuese, y la función amena,
de la linterna mágica una escena.

Luego que la atención del auditorio
con un preparatorio
exordio concilió, según es uso,
detrás de aquella máquina se puso;
y durante el manejo
de los vidrios pintados,
fáciles de mover a todos lados,
las diversas figuras
iba explicando con locuaz despejo.
Estaba el cuarto a oscuras,
cual se requiere en casos semejantes;
y aunque los circunstantes
observaban atentos,
ninguno ver podía los portentos
que con tanta parola y grave tono
les anunciaba el ingenioso mono.

Todos se confundían, sospechando
que aquello era burlarse de la gente.
Estaba el mono ya corrido, cuando
entró maese Pedro de repente,
e informado del lance, entre severo
y risueño, le dijo: «Majadero,
¿de qué sirve tu charla sempiterna,

si tienes apagada la linterna?»

Perdonadme, sutiles y altas musas,
las que hacéis vanidad de ser confusas:
¿Os puedo yo decir con mejor modo
que sin la claridad os falta todo?

Sin claridad no hay obra buena.

VIII

El burro flautista

Esta fabulilla,
salga bien o mal,
me ha ocurrido ahora
por casualidad.

Cerca de unos prados
que hay en mi lugar,
pasaba un borrico
por casualidad.

Una flauta en ellos
halló, que un zagal
se dejó olvidada
por casualidad.

Acercose a olerla
el dicho animal;
y dio un resoplido
por casualidad.

En la flauta el aire
se hubo de colar,
y sonó la flauta
por casualidad.

¡Oh! dijo el borrico:
¡Qué bien sé tocar!
¿Y dirán que es mala
la música asnal?

Sin reglas del arte

borriquitos hay,
que una vez aciertan
por casualidad.

Sin reglas del arte, el que en algo acierta es por casualidad.

IX

La hormiga y la pulga

Tienen algunos un gracioso modo
de aparentar que se lo saben todo:
pues cuando oyen o ven cualquiera cosa,
por más nueva que sea y primorosa,
muy trivial y muy fácil la suponen,
y a tener que alabarla no se exponen.
Esta casta de gente
no se me ha de escapar, por vida mía,
sin que lleve su fábula corriente,
aunque gaste en hacerla todo un día.

A la pulga la hormiga refería
lo mucho que se afana,
y con qué industrias el sustento gana;
de qué suerte fabrica el hormiguero;
cuál es la habitación, cuál el granero,
cómo el grano acarrea,
repartiendo entre todas la tarea;
con otras menudencias muy curiosas,
que pudieran pasar por fabulosas,
si diarias experiencias
no las acreditasen de evidencias.

A todas sus razones
contestaba la pulga, no diciendo
más que éstas u otras tales expresiones:
«Pues... ya... sí... se supone... bien... lo entiendo...
ya lo decía yo... sin duda... es claro;
ya ves que en eso no hay nada de raro.»

La hormiga, que salió de sus casillas
al oír estas vanas respuestillas,
dijo a la pulga: «Amiga, pues yo quiero
que venga usted conmigo al hormiguero,

ya que con ese tono de maestra
todo lo facilita y da por hecho,
siquiera para muestra
ayúdenos en algo de provecho.»

La pulga, dando un brinco muy ligera,
respondió con grandísimo desuello:
«¡Miren qué friolera!
¿Y tanto piensas que me costaría?
Todo es ponerse a ello...
Pero... Tengo que hacer... Hasta otro día.»

Para no alabar las obras buenas, algunos las suponen de fácil ejecución.

XI

La parietaria y el tomillo

Yo leí, no sé dónde, que en la lengua herbolaria
saludando al tomillo la hierba parietaria,
con socarronería le dijo de esta suerte:
«Dios te guarde, tomillo: lástima me da verte,
que aunque más oloroso que todas estas plantas,
apenas medio palmo del suelo te levantas.»
Él responde: «Querida, chico soy, pero crezco
sin ayuda de nadie. Yo sí te compadezco;
pues, por más que presumas, ni medio palmo puedes
medrar, si no te arrimas a una de esas paredes.»

Cuando veo yo algunos que de otros escritores
a la sombra se arriman y piensan ser autores
con poner cuatro notas, o hacer un prologuillo,
estoy por aplicarles lo que dijo el tomillo.

Nadie pretenda ser tenido por autor sólo con poner un ligero prólogo, o algunas notas a
libro ajeno.

XIII

El pato y la serpiente

A orillas de un estanque

diciendo estaba un pato:
«¿A qué animal dio el cielo
los dones que me ha dado?»

Soy de agua, tierra y aire.
Cuando de andar me canso,
si se me antoja, vuelo,
si se me antoja, nado.»

Una serpiente astuta,
que le estaba escuchando,
le llamó con un silbo,
y le dijo: «Seor guapo,

no hay que echar tantas plantas;
pues ni anda como el gamo,
ni vuela como el sacre,
ni nada como el barbo.

Y así tenga sabido
que lo importante y raro
no es entender de todo,
sino ser diestro en algo.»

Más vale saber una cosa bien, que muchas mal.

XVI

El jilguero y el cisne

«Calla tú, pajarillo vocinglero,
(dijo el cisne al jilguero).
¿A cantar me provocas, cuando sabes
que de mi voz la dulce melodía
nunca ha tenido igual entre las aves?»

El jilguero sus trinos repetía,
y el cisne continuaba: «¡Qué insolencia!
¡Miren cómo me insulta el musiquillo!
Si con soltar mi canto no le humillo,
dé muchas gracias a mi gran prudencia.»

«¡Ojalá que cantaras!
(Le respondió por fin el pajarillo):

¡Cuánto no admirarías
con las cadencias raras
que ninguno asegura haberte oído,
aunque logran más fama que las mías!...»
Quiso el cisne cantar, y dio un graznido.

¡Gran cosa! Ganar crédito sin ciencia,
y perderle en llegando a la experiencia.

Nada sirve la fama, si no corresponden las obras.

XVII

El caminante y la mula de alquiler

Harta de paja y cebada
una mula de alquiler
salía de la posada;

y tanto empezó a correr,
que apenas el caminante
la podía detener.

No dudo que en un instante
su media jornada haría;
pero algo más adelante

la falsa caballería
ya iba retardando el paso.
«¿Si lo hará de picardía?...

¡Arre!... ¿Te paras? Acaso
metiendo la espuela... Nada,
mucho me temo un fracaso...

Esta vara, que es delgada...
Menos... Pues este aguijón...
Mas ¿si estará ya cansada?

¡Coces tira... y mordiscón!
¡Se vuelve contra el jinete!...
¡Oh qué corcovo, qué envión!

Aunque las piernas apriete...

Ni por esas... ¡Voto a quién!
Barrabás que la sujete...

Por fin dio en tierra... ¡Muy bien!
¿Y eres tú la que corrías?...
¡Mal muermo te mate, amén!

No me fiaré en mis días
de mula que empiece haciendo
semejantes valentías.»

Después de este lance, en viendo
que un autor ha principiado
con altisonante estruendo,

al punto digo: «¡Cuidado!
Tente, hombre, que te has de ver
en el vergonzoso estado
de la mula de alquiler!»

Los que empiezan elevando el estilo, se ven tal vez precisados a humillarle después demasiado.

XVIII

La cabra y el caballo

Estábase una cabra muy atenta
largo rato escuchando
de un acorde violín el eco blando.
Los pies se le bailaban de contenta;
y a cierto jaco que también suspenso
casi olvidaba el pienso,
dirigió de esta suerte la palabra:

«¿No oyes de aquellas cuerdas la armonía?
Pues sabe que son tripas de una cabra
que fue en un tiempo compañera mía.
Confío ¡dicha grande! que algún día,
no menos dulces trinos
formarán mis sonoros intestinos.»

Volvióse el buen rocín y respondiola:
«A fe que no resuenan esas cuerdas
sino porque las hieren con las cerdas

que sufrí me arrancasen de la cola.
Mi dolor me costó, pasé mi susto,
pero al fin tengo el gusto
de ver que lucimiento
debe a mi auxilio el músico instrumento.
Tú, que satisfacción igual esperas,
¿cuándo la gozarás? Después que mueras.»

Así, ni más ni menos, porque en vida
no ha conseguido ver obra aplaudida
algún mal escritor, al juicio apela
de la posteridad, y se consuela.

Hay muchos escritores que se lisonjean fácilmente de lograr fama póstuma, cuando no han podido merecerla en vida.

XX

El ratón y el gato

Tuvo Esopo famosas ocurrencias.
¡Qué invención tan sencilla! ¡Qué sentencias!...
He de poner, pues que la tengo a mano,
una fábula suya en castellano.

«Cierto, dijo un ratón en su agujero:
no hay prenda más amable y estupenda
que la fidelidad: por eso quiero
tan de veras al perro perdiguero.»
Un gato replicó: «Pues esa prenda
yo la tengo también...» Aquí se asusta
mi buen ratón, se esconde,
y torciendo el hocico, le responde:
«¿Cómo? ¿La tienes tú? Ya no me gusta.»

La alabanza que muchos creen justa,
injusta les parece
si ven que su contrario la merece.

«¿Qué tal, señor lector? La fabulilla
puede ser que le agrade y que le instruya.»
«Es una maravilla:
dijo Esopo una cosa como suya.»
«Pues mire usted: Esopo no la ha escrito:

salió de mi cabeza.» «¿Con que es tuya?»
«Sí, señor erudito:
ya que antes tan feliz le parecía,
crítiquemela ahora porque es mía.»

Alguno que ha alabado una obra ignorando quién es su autor, suele vituperarla después que lo sabe.

XXIV

El lobo y el pastor

Cierto lobo, hablando con cierto pastor,
«Amigo, le dijo: yo no sé por qué
me has mirado siempre con odio y horror.
Tiénesme por malo, no lo soy a fe.

¡Mi piel en invierno que abrigo no da!
Achaques humanos cura más de mil:
y otra cosa tiene: que seguro está
que la piquen pulgas ni otro insecto vil.
Mis uñas no trueco por las del tejón,
que contra el mal de ojo tienen gran virtud.
Mis dientes, ya sabes cuán útiles son,
y a cuántos con mi unto he dado salud.»

El pastor responde: «Perverso animal,
¡maldígate el cielo, maldígate amén!
Después que estás harto de hacer tanto mal,
¿qué importa que puedas hacer algún bien?

Al diablo los doy
tantos libros lobos como corren hoy.

El libro que de suyo es malo, no dejará de serlo porque tenga tal o cual cosa buena.

XXV

El águila y el león

El águila y el león
gran conferencia tuvieron

para arreglar entre sí
ciertos puntos de gobierno.

Dio el águila muchas quejas
del murciélago, diciendo:
«¿Hasta cuándo ese avechucho
nos ha de traer revueltos?

Con mis pájaros se mezcla,
dándose por uno de ellos;
y alega varias razones,
sobre todo, la del vuelo.

Mas, si se le antoja dice:
Hocico, y no pico, tengo.
¿Como ave queréis tratarme?
Pues cuadrúpedo me vuelvo.

Con mis vasallos murmura
de los brutos de tu imperio;
y cuando con éstos vive,
murmura también de aquéllos.»

«Está bien, dijo el león:
Yo te juro que en mis reinos
no entre más.» «Pues en los míos,
respondió el águila, menos.»

Desde entonces solitario
salir de noche le vemos;
pues ni alados ni patudos
quieren ya tal compañero.

Murciélagos literarios,
que hacéis a pluma y a pelo,
si queréis vivir con todos,
miraos en este espejo.

Los que quieren hacer a dos partidos, suelen conseguir el desprecio de ambos.

XXVII

El asno y su amo

«Siempre acostumbra hacer el vulgo necio
de lo bueno y lo malo igual aprecio:
yo le doy lo peor, que es lo que alaba.»

De este modo sus yerros disculpaba
un escritor de farsas indecentes;
y un taimado poeta que lo oía,
le respondió en los términos siguientes:
al humilde jumento
su dueño daba paja, y le decía:
«Toma, pues que con eso estás contento.»
Díjolo tantas veces, que ya un día
se enfadó el asno, y replicó: «Yo tomo
lo que me quieras dar: pero, hombre injusto,
¿piensas que sólo de la paja gusto?
Dame grano, y verás si me lo como.»

Sepa quien para el público trabaja,
que tal vez a la plebe culpa en vano;
pues si en dándola paja, come paja,
siempre que la dan grano, come grano.

Quien escribe para el público, y no escribe bien, no debe fundar su disculpa en el mal gusto del vulgo.

XXXI

La ardilla y el caballo

Mirando estaba una ardilla
a un generoso alazán,
que, dócil a espuela y rienda,
se adiestraba en galopar.

Viéndole hacer movimientos
tan veloces y a compás,
de aquesta suerte le dijo
con muy poca cortedad:

«Señor mío;
de ese brío,
ligereza
y destreza
no me espanto,

que otro tanto
suelo hacer, y acaso más.
Yo soy viva,
soy activa;
me meneo,
me pasco;
yo trabajo,
subo y bajo,
no me estoy quieta jamás.»

El paso detiene entonces
el buen potro, y muy formal,
en los términos siguientes
respuesta a la ardilla da:
«Tantas idas
y venidas;
tantas vueltas,
y revueltas,
quiero, amiga,
que me diga:

¿Son de alguna utilidad?
Yo me afano,
mas no en vano:
sé mi oficio;
y en servicio
de mi dueño
tengo empeño
de lucir mi habilidad.»

Con que algunos escritores
ardillas también serán,
si en obras frívolas gastan
todo el calor natural.

Algunos emplean en obras frívolas tanto afán como otros en las importantes.

XXXII

El galán y la dama

Cierto galán, a quien París aclama
petimetre del gusto más extraño,
que cuarenta vestidos muda al año,

y el oro y plata sin temor derrama,

celebrando los días de su dama,
unas hebillas estrenó de estaño,
sólo para probar con este engaño,
lo seguro que estaba de su fama.

«¡Bella plata! ¡Qué brillo tan hermoso!
Dijo la dama: ¡viva el gusto y numen
del petimetre, en todo primoroso!»

Y ahora digo yo. «Llene un volumen
de disparates un autor famoso,
y si no le alabaren, que me emplumen.»

Cuando un autor ha llegado a ser famoso, todo se te aplaude.

XXXIV

El cuervo y el pavo

Pues como digo, es el caso,
y vaya de cuento,
que a volar se desafiaron
un pavo y un cuervo.

Al término señalado,
¿cuál llegó primero?
Considérelo quien de ambos
haya visto el vuelo.

«Aguarda, le dijo el pavo
al cuervo de lejos:
¿Sabes lo que estoy pensando?
Que eres negro y feo.

Escucha: también reparo
(le gritó más recio),
en que eres un pajarraco
de muy mal agüero.

¡Quita allá, que das asco,
grandísimo puerco!
Sí, que tienes por regalo

comer cuerpos muertos.»

«Todo esto no viene al caso
(le responde el cuervo);
porque aquí sólo tratamos
de ver qué tal vuelo.»

Cuando en las obras del sabio
no encuentra defectos,
contra la persona cargos
suele hacer el necio.

Citando se trata de notar los defectos de una obra, no deben censurarse los personales de su autor.

XXXV

La oruga y la zorra

Si se acuerda el lector de la tertulia
en que, en presencia de animales varios
la zorra adivinó por qué se daban
elogios avestruz y dromedario,

sepa que en la mismísima tertulia
un día se trataba del gusano
artífice ingenioso de la seda,
y todos ponderaban su trabajo.

Para muestra presentan un capullo;
examínanle, crecen los aplausos:
Y aun el topo, con todo que es un ciego,
confesó que el capullo era un milagro.

Desde un rincón la oruga murmuraba
en ofensivos términos, llamando
la labor admirable, friolera,
y a sus elogiadores, mentecatos.

Preguntábanse, pues, unos a otros:
«¿Por qué este miserable gusarapo
el único ha de ser quien vitupere
lo que todos acordes alabamos?»

Saltó la zorra y dijo: «¡Pese a mi alma!
El motivo no puede estar más claro.
¿No sabéis, compañeros, que la oruga
también labra capullos, aunque malos?»

Laboriosos ingenios perseguidos,
¿Queréis un buen consejo? Pues cuidado.
Cuando os provoquen ciertos envidiosos,
no hagáis más que contarles este caso.

La literatura es la profesión en que más se verifica el proverbio: ¿Quién es tu enemigo?
El de tu oficio.

XXXVI

La compra del asno

Ayer por mi calle
pasaba un borrico,
el más adornado
que en mi vida he visto.
Albarda y cabestro
eran nuevecitos
con flecos de seda
rojos y amarillos.
Borlas y penacho
llevaba el pollino,
lazos, cascabeles,
y otros atavíos.
Y hechos a tijera,
con arte prolijo,
en pescuezo y anca
dibujos muy lindos.

Parece que el dueño,
que es, según me han dicho,
un chalán gitano
de los más ladinos,
vendió aquella alhaja
a un hombre sencillo;
y añaden que al pobre
le costó un sentido.
Volviendo a su casa,
mostró a sus vecinos

la famosa compra,
y uno de ellos dijo:
«Veamos, compadre,
si este animalito
tiene tan buen cuerpo
como buen vestido.»

Empezó a quitarle
todos los aliños;
y bajo la albarda,
al primer registro,
le hallaron el lomo
asaz malferido,
con seis mataduras
y tres lobanillos,
amén de dos grietas
y un tumor antiguo
que bajo la cincha
estaba escondido.

«¡Burro, dijo el hombre,
más que el burro mismo,
soy yo, que me pago
de adornos postizos!»
A fe que este lance
no echaré en olvido;
pues viene de molde
a un amigo mío,
el cual a buen precio
ha comprado un libro
bien encuadernado,
que no vale un pito.

Es ser muy necio comprar libros sólo por la encuadernación.

XXXIX

Los dos huéspedes

Pasando por un pueblo
de la montaña
dos caballeros mozos
buscan posada...
De dos vecinos

reciben mil ofertas
los dos amigos.
Porque a ninguna quieren
hacer desaire,
en casa de uno y otro
van a hospedarse.
De ambas mansiones
cada huésped la suya
a gusto escoge.
La que el uno prefiere,
tiene un gran patio,
con su gran frontispicio
como un palacio.
Sobre la puerta
su escudo de armas tiene
hecho de piedra.
La del otro, a la vista,
no era tan grande:
mas dentro no faltaba
donde alojarse;
como que había
piezas de muy buen temple,
claras y limpias.
Pero el otro palacio
del frontispicio
era, además de estrecho,
oscuro y frío;
mucha portada:
y por dentro desvanes
a teja vana.
El que allí pasó un día
mal hospedado,
contaba al compañero
el fuerte chasco;
pero él te dijo:
«Otros chascos como ese
dan muchos libros.»

Las portadas ostentosas de los libros engañan mucho.

XL

El té y la salvia

El té, viniendo del imperio chino,
se encontró con la salvia en el camino.
Ella le dijo: «¿A dónde vas, compadre?»
«A Europa voy, comadre,
donde sé que me compran a buen precio.»
«Yo, respondió la salvia, voy a China;
que allá con sumo aprecio
me reciben por gusto y medicina.
En Europa me tratan de salvaje,
y jamás he podido hacer fortuna.
«Anda con Dios, no perderás el viaje;
pues no hay nación alguna
que a todo lo extranjero
no dé con gusto aplausos y dinero.»

La salvia me perdone;
que al comercio su máxima se opone.
Si hablase del comercio literario,
yo no defendería lo contrario
porque en él para algunos es un vicio
lo que es en general un beneficio:
y español que tal vez recitaría
quinientos versos de Boileau y el Tasso,
puede ser que no sepa todavía
en qué lengua los hizo Garcilaso.

Algunos sólo aprecian la literatura extranjera y no tienen la menor noticia de la de su nación.

XLIII

La espada y el asador

Sirvió en muchos combates una espada
tersa, fina, cortante, bien templada,
la más famosa que salió de mano
de insigne fabricante toledano.
Fue pasando a poder de varios dueños,
y airosos los sacó de mil empeños.
Vendiose en almonedas diferentes,
hasta que por extraños accidentes
vino, en fin, a parar ¡quién lo diría!
A un oscuro rincón de una hostería,
donde, cual mueble inútil, arrimada,

se tomaba de orín. Una criada
por mandato de su amo el posadero,
que debía de ser gran majadero,
se la llevó una vez a la cocina:
atravesó con ella una gallina;
y héteme un asador hecho y derecho
la que una espada fue de honra y provecho.

Mientras esto pasaba en la posada,
en la corte comprar quiso una espada
cierto recién llegado forastero,
transformado de payo en caballero.
El espadero, viendo que al presente
es la espada un adorno solamente,
y que pasa por buena cualquier hoja,
siendo de moda el puño que se escoja,
díjole que volviese al otro día.
Un asador que en su cocina había
luego desbasta, afila y acicala,
y por espada de Tomás de Ayala
al pobre forastero, que no entiende
de semejantes compras, se la vende;
siendo tan picarón el espadero
como fue mentecato el posadero.

¿Mas de igual ignorancia o picardía
nuestra nación quejarse no podría
contra los traductores de dos clases,
que infestada la tienen con sus frases?
Unos traducen obras celebradas,
y en asadores vuelven las espadas:
otros hay que traducen las peores,
y venden por espadas asadores.

Tanto daño causan los que traducen mal obras buenas, como los que traducen bien obras malas.

XLIV

Los cuatro lisiados

Un mudo a nativitate,
y más sordo que una tapia,
vino a tratar con un ciego

cosas de poca importancia.

Hablaba el ciego por señas,
que para el mudo eran claras:
mas hízole otras el mudo,
y él a oscuras se quedaba.

En este apuro trajeron
para que los ayudara
a un camarada de entrambos
que era manco, por desgracia.

Este las señas del mudo
trasladaba con palabras,
y por aquel medio el ciego
del negocio se enteraba.

Por último, resultó
de conferencia tan rara
que era preciso escribir
sobre el asunto una carta.

«Compañeros, saltó el manco,
mi auxilio a tanto no alcanza;
pero a escribirla vendrá
el dómine p si le llaman.»

«¿Qué ha de venir, dijo el ciego,
si es cojo, que apenas anda?
Vamos: será menester
ir a buscarlo a su casa.»

Así lo hicieron: y al fin
el cojo escribe la carta;
díctanla el ciego y el manco,
y el mudo parte a llevarla.

Para el consabido asunto
con dos personas sobraba;
mas como eran ellas tales,
cuatro fueron necesarias.

Y a no ser porque ha tan poco
que en un lugar de la Alcarria
acaeció esta aventura,
testigos más de cien almas,

bien pudiera sospecharse
que estaba adrede inventada
por alguno que con ella
quiso pintar lo que pasa

cuando juntándose muchos
en pandilla literaria,
tienen que trabajar todos
para una gran patarata.

Las obras que un particular puede desempeñar por sí solo, no merecen se emplee en ellas el trabajo de muchos hombres.

XLVII

El pollo y los dos gallos

Un gallo, presumido
de luchador valiente,
a un pollo algo crecido
no sé por qué accidente,
tuvieron sus palabras, de manera
que armaron una brava pelotera.

Diose el pollo tal maña,
que sacudió a mi gallo lindamente,
quedando ya por suya la campaña.
Y el vencido sultán de aquel serrallo
dijo, cuando el contrario no lo oía:
«¡Eh! Con el tiempo no será mal gallo;
el pobrecillo es mozo todavía...»

Jamás volvió a meterse con el pollo.
Mas en otra ocasión, por cierto embrollo,
teniendo un choque con un gallo anciano,
guerrero veterano,
apenas le quedó pluma ni cresta;
y dijo al retirarse de la fiesta:
«Si no mirara que es un pobre viejo...
Pero chochea, y por piedad le dejo.»

Quien se meta en contienda,
verbigracia, de asunto literario,

a los años no atienda,
sino a la habilidad de su adversario.

No ha de considerarse en un autor la edad, sino el talento.

XLIX

El ruiseñor y el gorrión

Siguiendo el son del organillo un día
tomaba el ruiseñor lección de canto,
y a la jaula llegándose entretanto
el gorrión parlero así decía:

«¡Cuánto me maravillo
de ver que de ese modo
un pájaro tan diestro
a un discípulo tiene por maestro!
Porque al fin, lo que sabe el organillo
a ti lo debe todo.»

«A pesar de eso (el ruiseñor replica),
si él aprendió de mí, yo de él aprendo.
A imitar mis caprichos él se aplica:
yo los voy corrigiendo
con arreglarme al arte que él enseña;
y así pronto verás lo que adelanta
un ruiseñor que con escuela canta.»

¿De aprender se desdeña
el literato grave?
Pues más debe estudiar el que más sabe.

Nadie crea saber tanto, que no tenga más que aprender.

L

El jardinero y su amo

En un jardín de flores
había una gran fuente,
cuyo pilón servía

de estanque a carpas, tencas y otros peces

únicamente al riego
el jardinero atiende,
de modo que entretanto
los peces agua en que vivir no tienen.

Viendo tal desgobierno,
su amo le reprende;
pues aunque quiere flores,
regalarse con peces también quiere.

Y el rudo jardinero,
tan puntual le obedece,
que las plantas no riega
para que el agua del pilón no merme.

Al cabo de algún tiempo
el amo al jardín vuelve;
halla secas las flores,
y amostazado dice de esta suerte:

«Hombre, no riegues tanto
que me quede sin peces;
ni cuides tanto de ellos,
que sin flores, gran bárbaro, me dejes.»

La máxima es trillada,
mas repetirse debe:
no escriba quien no sepa
unir la utilidad con el deleite.

La perfección de una obra consiste en la unión de lo útil y de lo agradable.

LII

El cazador y el hurón

Cargado de conejos
y muerto de calor,
una tarde de lejos
a su casa volvía un cazador.

Encontró en el camino,

muy cerca del lugar,
a un amigo y vecino,
y su fortuna le empezó a contar.

«Me afané todo el día
le dijo; pero qué,
si mejor cacería
no la he logrado ni la lograré.

«Desde por la mañana
es cierto que sufrí
una buena solana;
mas mira qué gazapos traigo aquí.

«Te digo y te repito,
fuera de vanidad,
que en todo este distrito
no hay cazador de más habilidad.»

Con el oído atento
escuchaba un hurón
este razonamiento
desde el corcho en que tiene su mansión.

Y el puntiagudo hocico
sacando por la red,
dijo a su amo: «Suplico
dos palabritas, con perdón de usted.

Vaya, ¿cuál de nosotros
fue el que más trabajó?
Esos gazapos y otros,
¿quién se los ha cazado sitio yo?

«Patrón, ¿tan poco valgo
que me tratan así?
Me parece que en algo
bien se pudiera hacer mención de mí.»

Cualquiera pensaría
que este aviso moral
seguramente liaría
al cazador gran fuerza; pues no hay tal.

Se quedó tan sereno
como ingrato escritor

que del auxilio ajeno
se aprovecha, y no cita al bienhechor.

A los que se aprovechan de las noticias de otros, y tienen la ingratitud de no citarlos.

LIII

El pedernal y el eslabón

Al eslabón de crüel
trató el pedernal un día,
porque a menudo le hería
para sacar chispas de él.

Riñendo éste con aquél,
al separarse los dos,
«Quedaos, dijo, con Dios,
¿valéis vos algo sin mí?»
Y el otro responde: «Sí,
lo que sin mí valéis vos.»

Este ejemplo material
todo escritor considere,
que el largo estudio no uniere
al talento natural,
ni da lumbre el pedernal
sin auxilio de eslabón,
ni hay buena disposición
que luzca faltando el arte
si obra cada cual aparte,
ambos inútiles son.

La naturaleza y el arte han de ayudarse recíprocamente.

LIV

El gallo, el cerdo y el cordero

Había en un corral un gallinero;
en este gallinero un gallo había;
y detrás del corral, en un chiquero,
un marrano grandísimo yacía.
Ítem más, se criaba allí un cordero,

todos ellos en buena compañía:
¿y quién ignora que estos animales
juntos suelen vivir en los corrales?

Pues (con perdón de ustedes) el cochino
dijo un día al cordero: «¡Qué agradable,
qué feliz, qué pacífico destino
es el poder dormir! ¡Qué saludable!
Yo te aseguro, como soy gorrino,
que no hay en esta vida miserable
gusto como tenderse a la bartola,
roncar bien, y dejar rodar la bola.»

El gallo, por su parte, al tal cordero
dijo en otra ocasión: «Mira, inocente,
para estar sano, para andar ligero,
es menester dormir muy parcamente.
El madrugar en julio o en Febrero
con estrellas, es método prudente,
porque el sueño entorpece los sentidos,
deja los cuerpos flojos y abatidos.»

Confuso, ambos dictámenes coteja
el simple corderillo, y no adivina
que lo que cada uno le aconseja
no es más que aquello mismo a que se inclina.

Acá entre los autores ya es muy vieja
la trampa de sentar como doctrina
y gran regla, a la cual nos sujetamos,
lo que en nuestros escritos practicamos.

Suelen ciertos autores sentar como principios infalibles del arte, aquello mismo que ellos
practican.

LV

El juez y el bandolero

Prendieron por fortuna a un bandolero
a tiempo cabalmente
que de vida y dinero
estaba despojando a un inocente.
Hízole cargo el juez de su delito,

y él respondió: «Señor, desde chiquito
fui gato algo feliz en raterías:
luego hebillas, relojes, capas, cajas,
espadines robé, y otras alhajas;
después, ya entrado en días,
escalé casas; y hoy, entre asesinos,
soy salteador famoso de caminos.
Con que vueseñoría no se espante
de que yo robe y mate a un caminante,
porque este y otros daños
los he estado yo haciendo cuarenta años.»

¿Al bandolero culpan?
¿Pues por ventura dan mejor salida
los que cuando disculpan
en las letras su error, o su mal gusto,
alegan la costumbre envejecida
contra el dictamen racional y justo?

La costumbre inveterada no debe autorizar lo que la razón condena.

LVI

La criada y la escoba

Cierta criada la casa barría
con una escoba muy puerca y muy vieja.
«Reniego yo de la escoba (decía):
con su basura y pedazos que deja
por donde pasa,
aún más ensucia que limpia la casa.»
Los remendones, que escritos ajenos
corregir piensan acaso de errores,
suelen dejarlos diez veces más llenos...
Mas no haya miedo que de estos señores
diga yo nada:
que se lo diga por mí la criada.

Hay correctores de obras ajenas, que añaden más errores de los que corrigen.

LXIII

El burro del aceitero

En cierta ocasión, un cuero
lleno de aceite llevaba
un borrico que ayudaba
en su oficio a un aceitero.

A paso un poco ligero
de noche en su cuadra entraba,
y de una puerta en la aldaba
se dio el porrazo más fiero.

¡Ay! Clamó. ¿No es cosa dura
que tanto aceite acarree,
y tenga la cuadra oscura?

Me temo que se mosquee
de este cuento quien procura
juntar libros que no lee.

¿Se mosquea? Bien está.
Pero este tal ¿por ventura
mis fábulas leerá?

A los que juntan muchos libros y ninguno leen.

LXV

El escarabajo

Tengo para una fábula un asunto
que pudiera muy bien... pero algún día
suele no estar la musa en punto.

Esto es lo que hoy me pasa con la mía,
y regalo el asunto a quien tuviere
más despierta que yo la fantasía;

porque esto de hacer fábulas requiere
que se oculte en los versos el trabajo;
lo cual no sale siempre que uno quiere.

Será, pues, un pequeño escarabajo
el héroe de la fábula dichosa,

porque conviene un héroe vil y bajo,

de este insecto refieren una cosa:
que comiendo cualquiera porquería,
nunca pica las hojas de la rosa.

Aquí el autor con toda su energía
irá explicando como Dios le ayude
aquella extraordinaria antipatía.

La mollera es preciso que le sude
para endilgar después una sentencia
con que sepamos a lo que esto alude;

y según le dictare su prudencia,
echará circunloquios y primores,
con tal que diga en la final sentencia:

que así como la reina de las flores
al sucio escarabajo desagrada,
así también a góticos doctores
toda invención amena y delicada.

Lo delicado y ameno de las buenas letras no agrada a los que se entregan al estudio de
una erudición pesada y de mal gusto.

LXVII

El médico, el enfermo y la enfermedad

Batalla el enfermo
con la enfermedad,
él por no morirse
y ella por matar.
Su vigor apuran
a cual puede más,
sin haber certeza
de quién vencerá.

Un corto de vista,
en extremo tal
que apenas los bultos
puede divisar,
con un palo quiere

ponerlos en paz:
garrotazo viene,
garrotazo va:
si tal vez sacude
a la enfermedad,
se acredita el ciego
de lince sagaz;
mas si por desgracia
al enfermo da,
el ciego no es menos
que un topo brutal.
¿Quién sabe cuál fuera
más temeridad,
dejarlos matarse,
o ir a meter paz?

Antes que te dejes
sangrar o purgar,
esta es fabulilla
muy medicinal.

Es peligroso encomendar asuntos graves a quien de cierto no se sabe si podrá llevarlos a feliz término.

LXVIII

La víbora y la sanguijuela

«Aunque las dos picamos (dijo un día
la víbora a la simple sanguijuela),
de tu boca reparo que se fía
el hombre, y de la mía se recela.»

La chupona responde: «Ya, querida;
mas no picamos de la misma suerte:
yo, si pico a un enfermo, le doy vida.
Tú, picando al más sano, le das muerte.»

Vaya ahora de paso una advertencia:
muchos censuran, sí, lector benigno;
pero a fe que hay bastante diferencia
de un censor útil a un censor maligno.

No confundamos la buena crítica con la mala.

